

TERCER SEMINARIO
LECTURA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

¿Extinción o transfiguración del lector?

ELSA M. RAMIREZ LEYVA
Compiladora



LB1049.95 Seminario Lectura: Pasado, Presente y Futuro (3 : 2008 : México, D.F.)
S45 ¿Extinción o transfiguración del lector?: Memoria del
2008 Tercer Seminario Lectura : pasado, presente y futuro, del 21 al 24 de noviembre de 2005 / comp. Elsa Margarita Ramírez Leyva.- México : UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2008.
175 P. - (Sistemas Bibliotecarios de Información y Sociedad)
ISBN: 978-970-32-5458-3

1. Lectura - Congresos I. Ramírez Leyva, Elsa Margarita. comp. II. t. II. ser

Diseño de portada: Mario Ocampo Chávez

Primera Edición 2008
DR © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México D.F.
Impreso y hecho en México
ISBN: 978-970-32-5458-3

Contenido

PRESENTACIÓN.	1
CONFIGURACIONES Y TRANSFIGURACIONES BIBLIOTECARIAS DEL LECTOR EN LA MODERNIDAD.	17
Didier Álvarez Zapata	
LA LECTURA EN EL HORIZONTE DE LA COMUNIDAD.	37
Héctor Guillermo Alfaro López	
LEER PARA VIVIR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE.	53
Michèle Petit	
EXTINCIÓN Y TRANSFIGURACIÓN DEL LECTOR.	79
Elsa M. Ramírez Leyva	
MANDATOS DE LECTURA PARA ADOLESCENTES Y JÓVENES.	111
Juan Domingo Argüelles	
LAS VARIACIONES DEL MEDIO IMPRESO Y EN LÍNEA EN LOS MODOS DE APRENDER.	127
Carmen Patricia de Aguinaga Vázquez	
EL LIBRO, ¿UNA IDEOLOGÍA DE LA INFORMACIÓN?.	153
Margarita Palacios Sierra	
“ENTRE MÁS CAMBIAN LAS COSAS, MÁS SIGUEN IGUAL”: LA LECTURA Y EL PANORAMA GENERAL DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN DEL SIGLO XXI.	161
Klaus Schönbach	
QUE SE MUERAN LOS LIBROS. UNA MIRADA CRÍTICA A UN MUNDO DE LECTURAS VIRTUALES	169
Rodolfo Castro	
TAL VEZ SOÑAR.	183
Emilia Gallego Alfonso	

Que se mueran los libros. Una mirada crítica a un mundo de lecturas virtuales

RODOLFO CASTRO
Fondo de Cultura Económica

Antes que nada creo importante aclarar que los conceptos vertidos en esta ponencia no son resultado de una investigación académica ni responden al resultado de observaciones sistemáticas. Son ideas emanadas de mi trabajo en relación con los libros, pero sobre todo en el contacto cotidiano con lectores y no lectores de todo el país gracias a mi actividad principal de cuenta cuentos, escritor y facilitador de lecturas.

Con el tiempo, las pocas certezas que tenía en relación a este tema se han ido desvaneciendo y cada vez más preguntas ocupan su lugar. Aprovecho este espacio para compartir esas dudas. Haré especial hincapié en aspectos de la lectura en relación con los libros que creo que no se toman en cuenta con la debida seriedad, o que directamente son ignoradas. Algunos de esos aspectos difícilmente pueden ser mensurados.

El tema es la muerte de los libros ¿Estamos en presencia de un cuerpo agonizante? Aunque no conozcamos la selva amazónica ¿será inteligente reemplazarla por pastizales y carreteras? Hay quienes responden que sí, y ya se están encargando de hacerlo, pero suponiendo que los libros ya no respondan a las exigencias de un mundo estéril y manoseado ¿por qué querríamos deshacernos de algo tan amado?

¿Extinción o transfiguración del lector?

No se puede evitar la muerte de los libros. Tienen todo el derecho a morir como muere todo en el universo. Que los libros dejen de ser el soporte habitual de la escritura, es un hecho posible aunque, creo yo, no inevitable ni mucho menos una consecuencia lógica del desarrollo tecnológico, ni de su evolución natural hacia la computación. Quizás sea ese el camino, o quizás haya otros. Algunas voces, diría yo un tanto oportunistas y superficiales, se empeñan en convencernos de que la etapa superior de la cultura se expresará a través de pantallas de plasma y multiprocesadores celulares, y que los libros pasarán a ser simples objetos de museo, museos también virtuales supongo. Ante semejante afirmación, y más allá de intentar tener o no la razón, creo que es necesario aterrizar el debate y tratar de distinguir las diferencias esenciales entre lo que tan sólo es útil y efectivo, y lo que es realmente necesario; entre lo verdaderamente profundo y aquello que propone un cambio meramente superficial.

Si el libro tiene que morir que así sea, pero no sin antes reconocer su valor por encima de su precio o de su utilidad.

Aunque el libro ha tenido numerosos formatos y se ha presentado bajo distintos materiales, siempre ha habido una relación directa ente el libro, el ser humano y la naturaleza, incluida la naturaleza de lo sagrado y el misterio, que siempre ha inquietado a los seres humanos en torno al poder de la palabra escrita. Pensemos en una roca tallada con signos cabalísticos, en una tablilla de barro fragmentada con la narración inconclusa de una proeza sobrehumana, o en un pedazo de piel de serpiente enrollado y protegido bajo los pliegues de la ropa de un mensajero anónimo, o en un papel amarrado a la pata de una paloma mensajera con la clave de una invasión, o en el único ejemplar de un libro extraviado que esconde el nombre verdadero de la eternidad.

La desaparición de los libros, de producirse, iría irremediablemente acompañada de la desaparición de los lectores tal cual entendemos la palabra lector desde hace algunos cientos o miles de años. Aquella persona que sola o en compañía, haciendo uso de sus sentidos y realizando una serie de acciones físicas y mentales se adentra en la comprensión de una obra escrita cuyo soporte ha ido variando pero que siempre ha sido tangible. Más allá de los diferentes materiales utilizados para escribir, estos siempre respondieron a esa necesidad física,

concreta, de contacto íntimo con el objeto. Esos ejercicios se vienen repitiendo a lo largo de cientos o miles de años y creo yo, ya constituyen una información cultural, emocional y en cierta medida esencial de la condición humana.

Si nos detenemos a observar los libros que han atravesado los peligros del tiempo, veremos que aunque se trate de textos de astronomía, matemáticas o registro de batallas e intercambios comerciales, hay algo en esos objetos que supera su valor meramente utilitario. Los libros han sido siempre algo más que simples objetos, muy por el contrario el libro, más que un objeto, ha alcanzado en distintos momentos de su historia la categoría mortal de una criatura, un ser vivo capaz de guiarnos o despedazarnos. Ese lugar de compañero, amigo o enemigo, hermano, enamorado, no lo ha ocupado jamás ningún otro objeto creado por la humanidad. ¿Es este tan solo un dato curioso sin importancia para el debate? Sin ir más lejos, para los musulmanes el *Corán* no fue escrito por Dios, sino que es una parte inseparable de Él. De manera algo similar la *Biblia* es un texto al que se le prodiga un respeto y unos cuidados similares a los de un ser vivo. El hallazgo de un libro en el cajón de un muerto despierta temores y susceptibilidades irracionales, hay libros que han sido amados y odiados, que han sido perseguidos y defendidos a costa incluso de la muerte de muchos seres humanos. Este no es un dato menor a la hora de pensar en el cambio de forma y materia del soporte de la palabra escrita. Desde ya puedo asegurar que ciertas escrituras, ciertos textos tienen en los libros su único hábitat posible, como ciertas especies animales o vegetales que sólo sobreviven bajo condiciones muy específicas. Los libros pueden desaparecer como ocurre hoy cada vez más trágica y velozmente con los otros seres vivos, pero sin duda esa desaparición nos pone en riesgo o por lo menos nos aleja cada día más de la belleza y el equilibrio.

Quizás sea inhábil de mi parte detenerme a reflexionar sobre un elemento tan subjetivo como la belleza. ¿Acaso los objetos que nos presentan las nuevas tecnologías no son bellos? Discutir sobre los estándares y criterios de belleza sería sin duda un esfuerzo inútil, tan sólo quiero hacer notar que la belleza de un objeto no se cancela por la de otro, que hay una belleza inherente al libro y su formato que le pertenece

¿Extinción o transfiguración del lector?

de manera única y original, y que esto no puede ser reemplazado ni superado. Me detengo en esto porque el paso del libro al formato electrónico se presenta bajo parámetros puramente utilitarios, y la utilidad es el gran verdugo de la belleza, y si no veamos lo que ha pasado en nuestras ciudades y nuestro entorno natural que han perdido gran parte de su belleza bajo las aplanadoras del progreso en pos del desarrollo y en detrimento de nuestra calidad de vida. Creando un nivel de necesidad y una ansiedad consumista tal que uno empieza a pensar que la vida sin esos nuevos objetos es imposible.

Creo que es demasiado apresurado, insensible y excesivamente pragmático firmar el acta de defunción de nuestro mejor amigo, cuando goza de buena salud.

Aún existen demasiadas incógnitas en torno a este tema, que van mucho más allá de una mezquina cuestión utilitaria, incógnitas que los adoradores de los nuevos dioses electrónicos no pueden responder y que probablemente ni siquiera se han planteado, incógnitas que muchas veces son descalificadas apelando al futuro como juez incuestionable, diciendo con gran soltura y seguridad: ahora no se puede pero seguro que en el futuro todo se podrá. Como si todo lo que no se podía cinco mil años atrás ahora si se pudiese. Como si el ser humano hubiese resuelto los problemas esenciales que marcaron la vida de sus antepasados. Como si la tecnología hubiese resuelto alguna vez los problemas existenciales de la humanidad.

¿Quién puede discutir contra el futuro? Hablemos del pasado y veremos que el futuro en el que hoy vivimos sigue mudo ante numerosas preguntas. ¿Sería demasiado ocioso recordar que tras miles de años de desarrollo no podemos aún construir sociedades justas y duraderas?, ¿está de más volver a señalar que la guerra y la tortura siguen siendo moneda corriente en la dinámica de las sociedades civilizadas?, ¿será pertinente, dentro de este debate, hacer notar que estamos hablando de la muerte de los libros y ni siquiera hemos alcanzado la alfabetización global?, ¿tendrá sentido reconocer que el progreso nos ha dado vacunas y electricidad pero que también nos ha contaminado el aire que respiramos, el agua que bebemos y hasta debemos desconfiar de nuestros alimentos? ¿Somos concientes que los residuos que producen estas nuevas tecnologías son exponencialmente más contaminantes y

destructivos del medio ambiente que todo lo antes creado por la humanidad y que esto nos lleva inevitablemente al colapso ecológico? ¿Sería torpe recordar que los alquimistas de la Europa medieval nunca lograron transformar el hierro en oro, y los alquimistas orientales nunca encontraron la fórmula de la inmortalidad? ¿Es muy ingenuo de mi parte desconfiar de la ciencia y la tecnología tal como se la presenta, como la gran panacea global capaz de resolver los problemas gigantescos que ella misma crea y el crimen que representa su adoración irreflexiva?

La humanidad arrastra incapacidades milenarias, que ninguna tecnología nunca ha podido sanar. La lectura y la escritura quizás sean en este sentido el experimento más complejo y arriesgado que hemos llevado a cabo para tratar de comprendernos.

Recuerdo en mi adolescencia de estudiante de escuela técnica, nuestros maestros nos prohibían el uso de calculadoras. El argumento era combatido por todos. Según los profesores era importante que conociéramos el mecanismo interno de las operaciones matemáticas antes que buscar la respuesta en una calculadora. Todos despreciábamos ese argumento y optamos por la velocidad y la solución que nos daba la tecnología. Grueso error. Los que no atendimos el consejo nos quedamos siempre en la superficie, perdimos profundidad para comprender los procesos complejos. La tecnología nos ofreció la solución y nos restó profundidad. Este es el mismo discurso que se enarbola hoy día con el tema de los libros electrónicos, que nos harán más fáciles las cosas. Yo paso gracias, no quiero volver a caer en el mismo error.

A través de la historia, el progreso tecnológico se ha ido devorando sistemáticamente los usos y costumbres que en algunas épocas se consideraron inamovibles. En los últimos trescientos años ese proceso se ha acelerado de tal forma que ya nada dura más que unos cuantos años. El culto a la velocidad y al cambio impide la consolidación del imaginario colectivo, todo huele a estofado frío. Hablamos de la década pasada como si nos refiriésemos a tiempos ancestrales. Mucho se rige por modas que a veces no superan los tres meses de una estación. Pocas cosas, hablando en términos materiales han logrado atravesar el tiempo, las modas, el vértigo, la destrucción, el escepticismo

¿Extinción o transfiguración del lector?

y la superficialidad de la vida moderna. Casi nada puede hoy dar testimonio de antigüedad, casi nada salvo los libros.

Con modificaciones más o menos profundas, con mayor o menor capacidad de adaptación de unas obras con respecto a otras, los libros, tal y como hoy los conocemos tienen ya por lo menos dos mil años de existencia. No sólo han logrado adaptarse a los nuevos tiempos, sino que incluso se han apropiado de espacios que en otras épocas, en las que no tenían que competir con tecnologías tan efectistas como las actuales, no poseían. Algunos de esos sitios que los libros han tomado son la calle, los transportes públicos, el baño. Los libros fueron durante miles de años propiedad exclusiva de algunos sectores. Guardados y protegidos celosamente como instrumentos de dominación y sometimiento, prohibidos para el común de la gente. Su posesión en manos del pueblo era penada y perseguida.

Hoy los libros han llegado a manos históricamente vedadas, las manos de la pobreza, las manos de los sectores más olvidados y desprotegidos, han llegado a manos de las mujeres del pueblo y de los niños. Y esto no gracias a las fingidas políticas de Estado dirigidas a la promoción de la lectura que sólo hacen hincapié en la cantidad y en el valor utilitario de la lectura, sino muy a su pesar y en gran medida debido a la imponente presión ejercida por la sociedad a través incluso de los canales de expresión abiertos por las nuevas tecnologías. Además los libros han dado el salto hacia las nuevas tecnologías con más osadía que sumisión, ingresando en la radio, en el cine, en la televisión, y ahora en la Internet.

Hoy en día, en pleno auge de las nuevas tecnologías, hay más libros de los que nunca jamás hayan existido en la historia de todos los libros del mundo. Y es aquí, creo yo donde surge la obvia necesidad de su muerte. La superpoblación de libros demanda políticas de control de natalidad.

Muchos libros nunca deberían haber sido publicados, no creo en la bondad inmanente de los libros, cada vez hay más libros insustanciales, mal escritos, mal presentados, reiterativos, superficiales. Hay muchos libros que simple y sencillamente están de más. Ojalá desaparezcan pronto. Más adelante me detendré a hacer mi lista de libros candidatos a la *eutanasia*.

Hay textos que sólo verán la luz en formatos electrónicos y nunca pasarán al papel. Una enorme cantidad de información dejará de ocupar un volumen real para sobrevivir como estímulos electrónicos en el hiperespacio de la informática. Qué bueno que así sea.

Otros libros simplemente ya dieron lo que tenían que dar y pueden retirarse dignamente para dar paso a nuevos soportes textuales que responden con mayor eficacia a las necesidades del usuario moderno. Nótese que digo usuario y no lector, ya que desde mi punto de vista la lectura veloz y simplificada que proponen los medios electrónicos está directamente relacionada con el uso más que con el gusto y la profundidad.

Uno puede aducir que cada quien lee a la velocidad que se le da la gana frente a una pantalla, pero decir eso sería ignorar que la tecnología no es una herramienta inerte y que no llega a nosotros por la bondad y el altruismo de sus gestores, hay en torno a ella un fuerte discurso impregnado de mensajes que tienen como fin último moldear y controlar, como siempre ha ocurrido, y los modelos y estímulos aplicados a estos formatos desalientan la lectura meticulosa y promueven la adquisición pasiva de información en grandes cantidades.

De hecho este es un proceso que ya está ocurriendo, muchos libros ya han cedido su predominio ante las nuevas tecnologías. Pero ¿significa eso que estamos en un momento de transición? ¿Es acaso este proceso el inicio del fin de la lectura como se ha venido practicando desde hace miles de años? ¿Es realmente necesario cambiar completamente el soporte de la lectura o habrá una etapa de exploración mutua que dé como resultado una ampliación de las posibilidades sin que esto signifique que nadie se vea obligado a abandonar el juego?

Supongamos por un momento que desaparecen los libros. Trátemos de sentir eso que debería hacernos felices de esa desaparición. Busquemos argumentos convincentes para su muerte. Seamos sus más eficaces asesinos.

Yo digo que se mueran los libros ¿para qué los queremos?

Que se mueran de una buena vez, han sido la pesadilla de tantas civilizaciones. Personas, pueblos, naciones y culturas enteras han sido destruidos por culpa de las palabras escritas en un libro.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Que se mueran para que ya no haya que talar árboles (somos capaces de llegar a la Luna o hacer desaparecer una ciudad entera de un bombazo, pero no podemos encontrar un sustituto del papel)

Que se mueran para que los escolares ya no carguen pesadas mochilas repletas de libros que dañen su columna vertebral. Quizás pronto ni siquiera haya escolares porque las escuelas también se vuelvan espacios virtuales y todo se pueda aprender por Internet. Me pregunto si en este punto las relaciones interpersonales y el contacto íntimo entre personas y objetos serán elementos a tomar en cuenta o podremos prescindir de esas cargas sin problemas.

Que se mueran para que dejen de hacerse odiosas comparaciones entre lectores y no lectores de libros.

Que se mueran para que haya menos guerras por culpa de falsos libros sagrados.

Que se mueran para que ya no haya estrategias de venta de libros pésimos.

Que se mueran para que ya no haya autores fracasados. Todos pueden publicar en Internet.

Que se mueran para que los estudios de Hollywood ya no puedan arruinar los textos clásicos con sus adaptaciones insufribles.

Que se mueran para darle paso a nuevas tecnologías más veloces, más atractivas y más simples de utilizar.

Que se mueran para que haya más lugar.

Que se mueran, para que se acabe de una vez la eternidad.

En rigor de verdad algunos libros ya han sido alcanzados por las leyes de la utilidad y la eficiencia a ultranza. Me hace recordar esto a *La Historia interminable* de Michael Ende, con el advenimiento de la *Nada* y el fin del reino de *Fantasia*.

Por ejemplo es bastante obvio que ya no habrá libros en los que se registre el intercambio epistolar entre dos personajes famosos de la actualidad. Cada vez se escriben menos cartas, y el correo está pasando a ocuparse más que nada del traslado de paquetes, de intercambios económicos o de objetos no transformables al formato electrónico.

Como esos libros de cartas, habrá muchos libros que mueran antes que otros. Imaginemos un recorrido posible para esa agonía.

Supongo que primero morirán los libros informativos. No hay como la Red para obtener información de cualquier tiempo y lugar del mundo con el menor esfuerzo. Los académicos, los científicos, los investigadores de todas las áreas, los estudiantes, los políticos y empresarios, tendrán acceso irrestricto al mundo de la información. Los textos informativos son los más apropiados para el cambio hacia la pantalla.

Después de ellos creo que los siguientes en morir deberían ser los libros de autoayuda, aunque son un gran negocio no hay como el Chat, las páginas orientadas en ese sentido, que ya son miles, incluidas las esotéricas, más las páginas pornográficas para liberarse de la pena manteniendo el anonimato, y dar u obtener consejos de absolutos desconocidos que creen vencer su timidez, ser seguros, inteligentes y seductores en el anonimato de la pantalla, o en el contacto estéril de una imagen plana.

Morirán los libros de instrucciones, todo trae su manual virtual fácil de consultar.

Morirán los libros de astronomía. Creo que está muy claro que ya nadie mirará el cielo.

Morirán los libros de recetas de cocina y de ejercicios gimnásticos.

Morirán los libros de Walt Disney (esto es solo un deseo personal).

Morirán los libros de Biología. No sólo habrá información en la red, sino la posibilidad de ingresar de manera virtual en los organismos vivos, o escuchar la voz de los más prestigiados investigadores.

Morirán los manuales y las guías telefónicas.

Morirán los informes secretos.

Morirán los catálogos de perfumes y de zapatos.

En definitiva puede ser que mueran todos estos libros y muchos otros más, pero los que sin duda resistirán hasta el final serán los textos literarios.

Hay que resolver demasiadas complicaciones técnicas y de las otras, esas que señalaba antes, para lograr que los libros con cuentos de hadas, o de aventuras, o con historias de vidas noveladas, épicos y románticos, fantásticos y de terror, mitológicos y de ciencia ficción,

¿Extinción o transfiguración del lector?

poéticos y filosóficos abandonen el libro para alojarse en una pantalla. Y estas complicaciones no tienen que ver tanto con desafíos tecnológicos sino con algo menos tangible y material: el gran desafío de la lectura ha sido, es, y seguirá siendo siempre la literatura. Uno puede leer sin inmutarse decenas de libros al mes, libros de los que estudia, de los que obtiene reflexiones, de los que adquiere información específica, libros que tocan directamente el intelecto y que producen placer o desazón a nivel racional. Libros que otorgan un aprendizaje tangible, comprobable, inmediato. Libros honestos y necesarios, pero de los que uno se puede distanciar emocionalmente, libros que pueden ser leídos por medio de fotocopias, a través de apuntes o en formato electrónico y que no pierden por ello su calidad y su interés para sus lectores. Libros útiles y directos.

Vuelvo al ejemplo de *La historia interminable*, ¿acaso ese libro podría abandonar su forma para pasar a ser leído en una pantalla? Lo dudo mucho, porque la lectura de literatura exige del lector algo que la lectura de casi ningún otro texto demanda: *ritual*.

¿A qué me refiero con esa palabreja tan poco racional y en franco desuso? ¿Cuál es ese ritual? ¿Cómo nos aproximamos a la lectura de libros, y qué tiene de particular la lectura de literatura? ¿Cómo aprenden a leer los niños?

Los caminos para llegar a la lectura son muchos, pero quizás uno de los más importantes y efectivos sean aquellos que se comienzan a transitar cuando uno es muy pequeño. ¿Cómo leen los bebés?

Los libros son juguetes: su forma es variable, su uso es diverso, su trato es simple y placentero, sus colores son estimulantes, sus dibujos sugerentes, su presencia es amigable. Acompañan y arropan el entorno del niño que crece literalmente inmerso en los libros. ¿podrán ofrecer eso los libros electrónicos?

Para no quitarle méritos a las nuevas tecnologías supongo que pronto habrá libros virtuales que los bebés podrán chupar, morder y arrojar al suelo, rayar con sus lápices de colores y apilarlos para armar casitas, o meterlos en su tina para jugar con ellos mientras se bañan. Pegarles trozos de plastilina, añadirles personajes, recortarlos cuando el adulto no está viendo, o besar las imágenes de sus héroes favoritos, y ya en una etapa superior de manipulación aplastar insectos impertinentes.

Díganme si saben de algún niño que haya tenido libros desde su primera infancia, que no se haya comportado así. Los niños conocen el mundo a través de sus sentidos, exploran con su lengua, chupando y mordiendo, descubren con sus manos rompiendo, acariciando y golpeando, inventan, experimentan y se inmiscuyen con las cosas hasta desbaratarlas. Así leen los niños. ¿podrá una Palm ser tratada en esos términos tan confianzudos?

¿Esos nuevos libros para bebés o para niños pequeños tendrán maravillosas ilustraciones del tamaño de su cara o de su cuerpo y ellos podrán percibir el aroma tan característico de la tinta sobre el papel, sentir con sus manitos las distintas texturas y poder ver al mismo tiempo imágenes y texto interdependientes tal cual se presentan hoy en día en los libros álbum? Ojalá que sí.

La lectura de un libro demanda contacto físico, voluntad y apasionamiento, abandono y juego, nos pone a prueba, nos plantea dudas sin solución inmediata, nos enfrenta a un desafío también inherente al formato y al soporte en que se sostiene la escritura.

Los libros nos acostumbran a las dificultades, nos obligan a hacer un esfuerzo por entender, nos cuestionan. A un libro no sólo se lo lee, se discute con él, se lo arroja al suelo, se lo esconde, se lo pierde, se lo roba. Un libro se mancha con café, guarda hojas secas, flores, fotos y viejos señaladores, se regala con dedicatorias y con inscripciones hechas a mano, se usa para nivelar mesas y construir estanterías que soportarán otros libros. Quizás todo esto pueda ser reproducido por las nuevas tecnologías, pero mientras algunos de estos rituales concientes o inconcientes no puedan ser recreados, los libros seguirán teniendo un lugar en este mundo.

Creo que los libros fundamentales no abandonarán su condición actual, ya que en el carácter profundo de su valor humano, no existe aún nada nuevo que pueda superar el poder mágico de un libro abierto entre las manos.

De lo que no cabe duda es que los nuevos libros serán completamente interactivos y al posar los dedos sobre alguna imagen o palabra surgirán capítulos alternos, acceso a diccionarios virtuales que despejen las dudas sobre palabras desconocidas, opiniones del autor, reflexiones de otros lectores, crítica literaria, ejercicios de comprensión lectora y mucho más.

¿Extinción o transfiguración del lector?

En los nuevos libros virtuales todo será más fácil. Y entramos de nuevo en el tema de la experimentación y de la búsqueda. Si el objetivo es que todo sea más fácil, olvidemos todo lo dicho hasta ahora y que se mueran los libros, pero el día que alcancemos ese estado supremo del menor esfuerzo, no solo habrán muerto los libros, habrá muerto la lectura y habrán muerto los lectores. Porque las soluciones virtuales que nos presentan las nuevas tecnologías nos alejan de la búsqueda esforzada y del hallazgo creativo. Todo está masticado, viene elaborado y resuelto por otros. Aquí recuerdo un relato budista en el que el maestro es reconvenido por su discípulo porque sus enseñanzas nunca son directas, ante las dudas de su alumno el maestro siempre responde con frases tales como: *las aves no vuelan en la noche, o el sol siempre se oculta por el oeste*, y elipsis y metáforas por el estilo.

Ante la impaciencia del alumno el maestro extrae una naranja de su bolsa y se la obsequia. El alumno acepta agradecido, entonces el maestro le ofrece pelársela y nuevamente el alumno accede de buen grado, por fin el maestro le pregunta si no quisiera que la masticase por él, a lo cual el joven ya no accede, entendiendo en el acto la importancia de dejar que cada quien mastique sus propias conclusiones.

En estos días leí en un periódico los resultados de una investigación sobre lectura hecha a nivel mundial. Según eso, los adolescentes que migran por razones económicas o sociales, tienen estadísticamente un menor nivel de educación formal que los que permanecen en su lugar de origen, pero ambos grupos pueden acceder a las nuevas tecnologías y alcanzar el mismo nivel de habilidad en el uso y acceso a esas herramientas. Entre las conclusiones que más llamaron mi atención se decía que los no lectores de libros que sí lectores de Internet no adquirirían mayores habilidades de comprensión y abstracción en sus ideas, lo cual los ubica en un nivel de usuarios superficiales, con pocas o ninguna habilidad para interconectar contenidos, conceptos o sacar conclusiones.

Es un hecho que la lectura de libros, así como la interacción espontánea y cotidiana con los otros actores vivos del aprendizaje, más el uso de las nuevas tecnologías, aportan mayores bases para la construcción de las ideas. El acceso irrestricto y la información descalificada

no sirven de nada si no se sabe qué hacer con ellos, si no se sabe qué significan, si no se tiene la costumbre de profundizar y reflexionar.

Saber cómo utilizar una computadora o como desplazarse dentro de la Red, no es una habilidad lectora, no es en nada distinto a saber conducir un automóvil o entender la manera de trasladarse en metro haciendo combinaciones. Es una habilidad más. Me resulta chocante leer o escuchar cada vez más a menudo afirmaciones tales como que quien no sepa utilizar una computadora será en poco tiempo un analfabeto funcional. Este tipo de comentarios delatan un profundo desprecio por el ser humano y sus verdaderos desafíos.

Mientras las nuevas tecnologías continúen presentándose ante la sociedad como un fin en sí mismas, como una opción excluyente y no complementaria, sin cuestionamientos sobre su uso y su desarrollo, seguirán siendo una mediocre herramienta de consumo que jamás podrá dar el salto cualitativo hacia el interior de las necesidades reales de la humanidad. La gran pregunta que creo que deberíamos hacernos con mayor frecuencia sobre este y otros temas es ¿Para llegar a qué?

¿Extinción o transfiguración del lector? Tercer Seminario Lectura: pasado, presente y futuro. La edición consta de 300 ejemplares. Cuidado de la edición, Zindy Elizabeth Rodríguez Tamayo. Formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. Fue impreso en papel cultural ahuesado de 90 gr. en Producciones Editoriales Nueva Visión, ubicados en Juan A. Mateos número 20, Col. Obrera, México D.F. Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2008.